

la esperanza de volverla à ver aliviaba mi pecho; me lisonjaba con que todas mis penas las borraria un instante que en su presencia estuviese; contemplaba à lo menos en la esfera de las cosas posibles un estado menos acerbo que el mio; pero encontrarse à su lado, pero verla, tocarla, hablarla, amarla, adorarla, y casi poseyendola reconocer que para siempre la he perdido: esto me precipitaba en accidentes de ira y rabia que por grados me condujeron al ultimo apice de desesperacion. En breve empezaron à embatir en mi alma funestos proyectos, y en un desvario tal que pensando en él me estremezco, me acometió una violenta tentacion de despeñarla conmigo en las olas, y dar fin en sus brazos à mi vida y à mis dilatados tormentos. Tan fuerte llegó al fin à ser esta horrenda tentacion, que me vi obligado à soltar à toda priesa su mano é irme al otro extremo del barco.

Allí empezaron à tomar otro giro mis vehementes agitaciones; poco à poco fue insinuandose en mi alma un afecto mas sereno; pudo mas la ternura que la desesperacion, salió de mis ojos un diluvio de lagrimas, y comparado este estado con aquel de que acababa de salir no dejaba de causarme contento. Lloré abundantemente largo rato, y me senti aliviado. Cuando me hube serenado volví al lado de Julia, y le cogí otra vez la mano. Tenia en ella su pañuelo, y le senti todo mojado. ¡ Ah, le dije en voz baja, bien veo que nunca han dejado de entenderse nuestros corazones!

FIN DE LA CUARTA PARTE.

Verdad es, me respondió con alterada voz, pero sea esta la vez postrera que en este tono se espliquen. Volvimos entonces à entablar una sosegada conversacion, y habiendo navegado cosa de una hora llegamos sin otro azar. Cuando estuvimos en casa distinguí à la luz que traia Julia encarnados y muy hinchados los ojos, y los míos no hubo de encontrarlos ella en mejor estado. Despues de las fatigas de todo el dia tenia mucha necesidad de descansar; se retiró y yo me fui à acostar.

Esta es, amigo mio, la historia circunstanciada del dia de mi vida en que, sin exceptuar ninguno, he sentido las mas violentas emociones. Espero que hayan sido la crisis que me vuelva enteramente en mí. En cuanto à lo demas diré à V. que esta aventura me ha convencido mejor que todos los argumentos de la libertad del hombre y el merito de la virtud. ¡ Cuantas personas son flacamente tentadas, y se rinden! En cuanto à Julia (mis ojos lo vieron y lo sintió mi corazón) sustentó aquel día la mas fiera lid que sustentó jamas humano pecho, y sin embargo salió con victoria. Pero, ¿ que he hecho yo para desviarme de ella? O Eduardo, cuando seducido por tu dama supiste triunfar de consuno de tus deseos y los suyos, no eras de superior naturaleza que la humana? Sin ti acaso era yo perdido. Cien veces en este dia de peligros la memoria de tu virtud me restituyó la mia.

QUINTA PARTE.

CARTA I.

DE MILORD EDUARDO A SAN PREUX (1).

SAL de la infancia, amigo, despiertate: no entregues tu vida entera al dilatado sueño de la razon. La edad se va y apenas basta la que te queda para la sabiduria. De mas de treinta años, ya es tiempo de pensar en sí propio; empieza à volver en ti y sé una vez hombre antes de morir.

Querido, el corazón de V. le ha engañado acerca de sus luces; ha querido filosofar antes de ser capaz de ello; ha equivocado el afecto con la razon, y contentandose con evaluar las cosas por la impresion que le causaban, nunca ha conocido su verdadero valor. Confieso que un corazón recto es el primer organo de la verdad, y que quien nunca ha sentido pasiones nada puede aprender, que no hace mas que fluctuar de uno en otro error, y solo adquiere un saber vano y conocimientos estériles, porque siempre se le esconde la verdadera relacion de las cosas con el hombre, que es la primera ciencia de este; pero tambien se ciñe à la primera mitad de esta ciencia quien no estudia las relaciones que tienen las cosas unas con otras para apreciar con mas exactitud las que con nosotros tienen. No basta conocer las pasiones humanas si no sabemos evaluar los objetos de ellas, y este ultimo estudio solo en la calma de la meditacion puede hacerse.

Es la mocedad del sabio la epoca de sus experiencias; los instrumentos de estas son las pasiones; pero despues de

haber aplicado su alma à los objetos esternos para tocarlos, la retira dentro de sí propio para considerarlos, compararlos y conocerlos. En este caso se debe hallar V. mas que nadie en el mundo. Todos cuantos deleites y tormentos puede experimentar un pecho sensible han llenado el de V.; todo cuanto puede ver un hombre lo han visto sus ojos. En espacio de doce años ha apurado V. todos cuantos afectos pueden ocupar una dilatada vida, y todavia mozo, se ha adquirido ya la experiencia de un viejo: fueron objeto de sus primeras observaciones hombres sencillos casi como los formó la naturaleza, y le han servido de pieza de comparacion. Desterrado à la capital del pueblo mas célebre del universo, saltó V., por decirlo así, al otro extremo, que un vasto ingenio suple los intermedios. Pasando de allí à la unica nacion de hombres, que entre los varios rebaños de que está cubierta la tierra queda, si no ha visto V. reinar las leyes, ha visto à lo menos que aun vivian; ha aprendido à reconocer los signos distintivos de este organo sagrado de la voluntad de un pueblo, y como el imperio de la pública razon es la verdadera base de la libertad. Ha corrido V. todos los climas, y visto todas las regiones que alumbra el sol, y goza ahora de espectáculo mas raro y mas digno de la contemplacion del sabio, el de una alma sublime y pura triunfante de las pasiones, y reinando en sí propia. El primer objeto que à sus ojos de V. se presentó es el que aun miran, y la admiracion que le profesa es tanto mas fundada, cuanto mas nume-

(1) Parece que se escribió esta carta antes de haber recibido la anterior.

ro de ellos ha contemplado. Nada tiene V. ya que sentir ni que ver que merezca su atención, y no le queda otro objeto que contemplar que à sí propio, ni otros contentos que disfrutar que los de la sabiduría. Ya ha vivido V. esta corta vida, piense en vivir la que es duradera.

Las pasiones, que tanto tiempo le tuvieron à V. esclavo, le han dejado virtuoso; esa es toda su gloria, que sin duda es grande; pero no se ufane con ella, porque su misma fuerza es efecto de su flaqueza. ¿Sabe V. cual ha sido la causa de que siempre haya amado la virtud? que ha tomado à sus ojos la figura de aquella muger adorable que tan bien la representa, y difícil sería que tan cara imagen le hubiera dejado perder el gusto de ella. ¿Pero no ha de amar V. lo bueno por sí solo? y no ha de practicarle por sus fuerzas propias como por las suyas ha hecho Julia? Entusiasta indolente de sus virtudes, se ha de ceñir à la admiración perpetua de ellas, sin nunca imitarlas? Habla V. con fuego del modo como las obligaciones de esposa y madre desempeña. ¿Y V. cuando ha de desempeñar à ejemplo suyo las de hombre y amigo? ¿con que ha triunfado una muger de sí propia, y un filósofo con tanta dificultad se vence! ¿Quiere V. ser toda su vida un mero argumentador como los demás, y ceñirse à hacer buenos libros en vez de hacer buenas acciones? (1) Cuidado con V., querido, to-

davía reina en sus cartas una molencia y un descaecimiento que me disgusta, y que antes son reliquias de su pasión, que efecto de su caracter. Aborrezco la flaqueza en todos, y no la consento en mi amigo. No hay virtud sin fuerza; la cobardía es la senda del vicio. ¿Se atreve V. à contar consigo con un corazón sin valor? Desventurado! si Julia fuera flaca, te rendirías mañana, y serías un vil adultero! pero ya estás solo con ella, aprende à conocerla, y sonrojate de ti.

Espero estar en breve con V.; ya sabe cual es el fin de este viaje. Doce años de errores y agitaciones me hacen desconfiar de mí propio; si para resistir he podido bastarme, para elegir necesario la perspicacia de un amigo, y es para mí muy grato que todo sea reciproco entre nosotros, la gratitud como la intimidad. No obstante, no se alucine V., antes de otorgarle mi confianza, examínale si es acreedor à ella, y si merece pagarme los cuidados que por V. me he tomado; conozco su corazón, y estoy satisfecho de él; pero no me basta, que necesito de su discernimiento para una elección que debe dirigir la razón sola, y en que puede engañarme la mia. No temo ya las pasiones que haciendonos la guerra à cara descubierta nos avisan que nos pongamos en defensa, nos dejan en su mayor violencia la conciencia de todos nuestros yerros, y à que solo cede quien cederles quiere; temo si su ilusión que

(1) No, no se concluirá este siglo de filosofía sin haber producido un verdadero filósofo. Uno conozco yo, uno solo, lo confieso; pero ya es mucho, y por cumulo de dicha vive en mi país. ¿Me atreveré à nombrarle aquí siendo su verdadera gloria la de haber sabido vivir poco conocido? Científico y modesto Abusit, disculpe tu sencillez sublime el celo de mi corazón, cuyo objeto no es tu nombre. No, no eres tú quien yo quiero que conozca este siglo indigno de venerarte; Ginebra es la que pretendo ilustrar por ser tu morada, y mis conciudadanos los que quiero honrar por el honor que te tributan. ¡Dichoso el país donde tanto mas es tenido el mérito cuanto se esconde! dichoso el pueblo donde viene la presunida mocedad à abajar su tono dogmático, y avergonzarse de su vano saber, ante la docta ignorancia del sabio! Venerable y virtuoso anciano, no te ensalzarán los talentos brillantes, no resonarán con tus boores sus ruidosas academias; en vez de depositar como ellos en libros tu sabiduría, será la guía de tu vida para dechado de la patria que te has dignado elegir, que amas y que te respeta. Has vivido como Sócrates, pero el mundo à manos de sus conciudadanos, y tú eres amado de los tuyos.

alcina en vez de violentar, y nos obliga à hacer, sin saber lo que hacemos, cosas contrarias à nuestra voluntad. Solo de nosotros mismos hay necesidad para reñar nuestras propias inclinaciones, y no pocas veces necesitamos de otro para discernir las que es lícito seguir: para esto sirve la amistad de un hombre prudente que ve por nosotros bajo distinto aspecto los objetos que nos interesa conocer bien. Así que, piense V. en examinarse si siempre víctima de vanos pesares será siempre inútil para sí y para los demás, ó si recobrando en fin el dominio de sí propio quiere ya dar à su alma el vigor necesario para guiar la de su amigo.

Mis negocios ya no me detendrán en Londres arriba de unos quince días; luego pasaré por nuestro ejército de Flandes, donde pienso estar otros tantos; así no me espere V. hasta el fin del mes próximo, ó principio de octubre. No me escriba V. à Londres, sino al ejército, con el sobre adjunto, y siga en sus descripciones, que no obstante el mal estilo de sus cartas me interesan y me instruyen, inspirandome proyectos de retiro y descanso que convienen à mis maximas y à mi edad. Calme V. sobre todo la inquietud en que me ha puesto acerca de la señora de Wolmar: si no es feliz su suerte, ¿quien ha de atreverse à aspirar à la felicidad? Despues de la enumeración que le ha hecho à V. no comprendo que puede faltar à su dicha (1).

CARTA II.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

Si, Milord, se lo confirmo à V. enagenado de gozo, la escena de Meillerie ha sido la crisis de mis males y mi locura. Las esplicaciones del señor de Wolmar me han tranquilizado completamente acerca del verdadero estado de mi corazón. Este flaco corazón está tan curado cuanto puede estarlo, y prefiero la tris-

teza de una carencia imaginaria, al miedo de estar siempre cercado del delito. Desde que está de vuelta este digno amigo, no tengo reparo en llamarle con este precioso nombre, cuyo valor me ha hecho V. conocer, y es el menor título que debo dar à cualquiera que me ayuda à seguir la senda de la virtud. Vive la paz en mi corazón como en la mansion que habito; empiezo à hallarme sin susto en ella, à vivir como en mi casa, y si no tomo enteramente la autoridad de amo, siento mas gusto todavía en mirarme como hijo de la casa. La sencillez, la igualdad que en ella veo reinar, tienen un atractivo que excita mi interés y mi respeto, y corren mis serenos días entre la razón viviente, y la virtud sensible. Con la frecuentación de estos felices esposos me mueve y me subyuga poco à poco su ascendiente, y por grados se va poniendo mi corazón concordante con los suyos, como la voz se adapta sin pensar en ello al tono de las personas con quienes uno habla.

¿Que delicioso retiro! que encantada mansion! cuanto aumenta su valor el dulce habito de vivir en ella! y si à primera vista presenta un aspecto poco brillante ¿cuan difícil es no aficionarse à ella así que uno la tiene conocida? El gusto con que desempeña la señora de Wolmar sus nobles obligaciones con que torna buenos y felices à los que de cerca la tratan, se comunica à todo cuanto es objeto de sus atenciones, su marido, sus hijos, sus huéspedes y sus criados. No resuenan en esta apacible morada juegos ruidosos, bullicio, recias carcajadas de risa; pero por todas partes se encuentran corazones satisfechos y semblantes alegres, y si alguna vez se vierten lagrimas son de júbilo y ternura; ni se acercan mas à esta casa los macilentos cuidados, la tristeza y el fastidio, que el vicio, y los remordimientos que engendra el vicio.

Es cierto que excepto el secreto pesar que à Julia atormenta, y cuya causa he

(1) La jerga de esta carta me gusta, porque pinta muy al vivo el caracter del buen Eduardo, que nunca es tan filósofo como cuando comete disparates; ni raciocina nunca tanto como cuando no sabe lo que dice.

dicho á V. en mi anterior (1) todo conspira á su felicidad. No obstante con tantos motivos de ser feliz, otras mil en su lugar vivirán desconsoladas; su uniforme y retirada vida fuera para ellas inaguantable, se impacientarán con el engorro de las criaturas; se fastidiarán de las tareas caseras, no podrían sufrir el campo; no se creerán compensadas con la prudencia y la estimación de un marido poco afectuoso, de su edad y su tibieza, y les serían gravosos su prudencia y su mismo afecto. O hallarían maña para desviarse de casa y vivir á su antojo, ó desviándose ellas despreciarían los gustos de su estado, buscarían fuera de él otros mas peligrosos, y no vivirán satisfechas en su propia casa, sino cuando fuesen en ella forasteras. Es necesario tener el alma sana para que embelese el retiro, y solo las personas virtuosas vemos que se complacen en el seno de su familia, y se complacen voluntariamente en ella. Si hay una vida feliz en el mundo ciertamente es la que ellas viven; pero para quien no sabe ejercitarlos, nada valen los instrumentos de la felicidad, y en tanto tiene uno la intima conciencia de la verdadera, en cuanto para disfrutarla es idoneo.

Si hubiera yo de señalar con rigor lo que en esta para ser felices hacen, creería que me explicaba con acierto diciendo: saben vivir; no significando con esta espresion lo que los Franceses entienden, que es practicar ciertos estilos que ha establecido la moda, sino vivir la vida propia del hombre, para la que fué este criado; la vida de que me habla V., y que me ha enseñado con su ejemplo, que dura mas allá del sepulcro, y que no se reputa perdida el día de la muerte.

Julia tiene un padre, á quien interesa mucho el bienestar de la familia, y tiene hijos á quienes es menester que les quede un caudal decente. Esta debe ser la primera diligencia del hombre social, y también es la primera en que de común acuerdo su marido y ella se han

esmerado. Cuando pusieron su casa examinaron la suma de sus rentas, atendiendo menos á saber si eran proporcionadas á su clase que á sus necesidades, y viendo que no había familia decente que no debiera contentarse con ellas, no formaron tan mala idea de sus hijos que temiesen que el patrimonio que les dejarían pudiese no ser para ellos suficiente. Por tanto, mas se han aplicado á mejorarle que aumentarle; han hecho que su caudal produzca renditos mas seguros que crecidos; en vez de comprar nuevas tierras han dado nuevo valor á las que ya tenían, y el unico tesoro que quieren que acreciente su sucesion es el ejemplo de su conducta.

Es cierto que un caudal que no se aumenta está espuesto á disminuir por mil desmanes; pero si esta razon es una vez motivo para aumentarle, ¿cuando dejará de ser pretexto para aumentarle sin cesar? Será menester partirle entre muchos hijos. ¿Pero han de vivir estos ociosos? no es el trabajo de cada uno suplemento de la parte que le cabe? y no es su industria elemento constitutivo de la evaluacion de su caudal? Así procede la insaciable codicia disfrazada en traje de la prudencia, y conduce al vicio con pretexto de afianzar su existencia. Es en balde, dice el señor de Wolmar, pretender que tengan las cosas humanas una solidez que es contraria á su naturaleza; la misma razon exige que abandonemos muchas cosas á la suerte, y si penden siempre de ella nuestra voluntad, nuestro caudal y nuestra vida ¿no es locura echarse encima mil tormentos reales por precaver dudosos males y riesgos inevitables? La unica precaucion que acerca de esto ha tomado ha sido vivir un año de su principal para que le quede uno anticipado de sus rentas, de suerte que tiene siempre á su disposicion el producto de un año. Mas ha querido disminuir algo su capital que tener sin cesar que contar para sus gustos con el ingreso de los réditos. La utilidad de no verse obligado á em-

(1) Esta carta anterior no se ha encontrado; mas abajo veremos el motivo de haberse perdido.

gios perniciosos al menor desman inopinado ya le ha pagado repetidas veces esta anticipacion. Así sustituye él á los ahorros el orden y la regularidad, y se enriquece con lo que ha gastado.

Segun las ideas de riqueza que tiene el mundo, los amos de esta casa solo tienen un caudal mediano, pero en la realidad no conozco á nadie mas opulento que ellos. No hay riqueza absoluta, ni esta voz significa otra cosa que una relacion de superabundancia de las facultades á los deseos del rico. Aquel es rico con un cahiz de tierra: este necesitado en medio de sus montones de oro. No tienen limites el desorden y los antojos, y mas pobres hacen que las verdaderas necesidades. Aquí está la proporcion establecida en un cimiento que la hace incontrastable; es á saber, la concordia perfecta de ambos esposos. El marido está encargado de la cobranza, y la muger de dirigir el empleo de las rentas; y en la armonia que entre los dos reina está la fuente de sus riquezas.

Lo que al principio mas estrañé en esta casa fué hallar conveniencias, libertad y alegria en medio del orden y la exactitud. El defecto capital de las casas bien arregladas es un viso de tristeza y sujecion que siempre tienen. Siempre la mucha solicitud de los amos se da un cierto aire á la avaricia; todo en torno de ellos respira sujecion, y tiene el rigor del orden algo servil que es penoso de llevar. Los criados aun usan con mucha desconfianza de la libertad que les dan; y como se ven siempre fuera de la regla, tiemblan á cada cosa que hacen de ser molestos. Se palpa que no viven estos padres esclavos para sí, sino para sus hijos, no pensando que no solamente son padres, mas tambien hombres, y que deben á sus hijos el ejemplo de vivir como tales y de la felicidad anexa á la sabiduria. Aquí se siguen reglas mas juiciosas, se cree que no solo es una de las obligaciones de un buen padre de familias el hacer amena su mansion para que sea grata á sus hijos, sino vivir él mismo una vida grata y serena, para que vean que quien así vive es feliz, y no caigan en la tentacion,

para serlo ellos, de seguir una conducta contraria á la de su padre. Una de las maximas que con mas frecuencia respira el señor de Wolmar, hablando de las recreaciones de las dos primas, es que casi siempre la vida mezquina de los padres y las madres es la fuente primera del desorden de los hijos.

Julia, que nunca siguió otra regla que su corazon, ni pudiera seguir otra mas infalible, se entrega sin escrupulo á ella, y para obrar bien hace todo cuanto le pide, y no deja de pedirle mucho, porque nadie mejor que ella sabe apreciar los regalos de la vida. ¿Como pudiera alma tan sensible no serlo para los gustos? por el contrario los apetece, los busca, no se niega ninguno de cuantos la contentan, y se ve que sabe gozarselos; pero estos gustos son los de Julia. No descuida ni su propia comodidad, ni la de aquellos que bien quiere; esto es, de cuantos viven cerca de ella: no reputa superfluo nada de cuanto al buen pasar de una persona de juicio puede contribuir; pero llama á si todo cuanto solo para lucir á los ojos ajenos sirve; de suerte que en su casa se halla el lujo del deleite y sensualidad sin mollicie ni exceso. En cuanto al lujo de vanidad y magnificencia, solo se encuentra lo que no ha podido negar el deseo de su padre, y aun en esto se distingue el suyo que consiste en que tengan las cosas menos brillo y esplendor que gracia y elegancia. Cuando le hablo de los medios que cada día en Paris y Londres se inventan para que esten mejor suspendidos los coches, le parece bien; pero cuando le hablo del precio que se paga del charolado no me entiende, y me pregunta si esos preciosos charoles hacen mas cómodos los coches. No duda que pondero mucho en lo que le digo de las pinturas escandalosas con que á mucha costa se adornan estos coches en vez de las armas que antes se grababan, como si fuera mas decente anunciarse á los que pasan por un sugeto disoluto que por un hombre calificado. Lo que mas le ha repugnado ha sido persuadirse á que hubiesen introducido y mantenido este estilo las

mujeres, y que solo se distinguiesen sus coches de los hombres por pinturas algo mas lascivas. Me he visto precisado à citarle un dicho del ilustre amigo de V., que apenas ha podido tragar. Me hallaba yo en su casa un día que le trajeron un cupé de esta especie. Apenas hubo visto las pinturas, cuando volviendo la espalda le dijo al maestro de coches: lleve V. ese cupé à una dama de palacio, porque un hombre decente no puede servirse de él.

Como el primer paso para el bien es no hacer mal, el primero para la dicha es no padecer. Estas dos maximas, que bien entendidas ahorrarian muchos preceptos de moral, son preciosas para la señora de Wolmar. Siente en extremo la incomodidad suya y agena; y tan difícil fuera para ella ser feliz viendo à miserables, como el varon recto mantener siempre pura su virtud viviendo sin cesar entre gentes malas. No tiene aquella inhumana piedad que se contenta con apartar los ojos de los males que pudiera aliviar, va en busca de ellos para sanarlos; la existencia y no la vista de los desventurados es lo que la atormenta, y no le basta ignorar que los haya, que necesita para su sosiego saber que no los hay, à lo menos en la vecindad, porque fuera salir de los terminos de la razon hacer dependiente su felicidad de la de todos los hombres. Se informa de las necesidades de sus vecinos con el fervor que en las cosas que à nuestro interes tocan es usado; los conoce à todos; ensancha por decirlo así el recinto de su familia, y no omite medio para apartar de ellos los afectos de dolor y pena à que está sujeta la vida humana.

Milord, quiero aprovecharme de las lecciones de V., pero perdoneme un

entusiasmo que ya en mi es inocente, y de que V. propio es participe. Nunca habrá mas que una Julia en el mundo: la Providencia se ha esmerado en ella, y nada de cuanto tiene conexon con ella es efecto del acaso. Parece que se la dió el cielo à la tierra para mostrar à una la excelencia de que es capaz un alma humana, y la felicidad que en la oscuridad de la vida privada puede disfrutar sin el auxilio de las brillantes virtudes que podian encumbrarla à superior esfera que la suya, ni de la gloria que pudiera ilustrarla. Su culpa, si fué una, solo para esplayar su fuerza y su valor ha servido. Sus parientes, sus amigos, sus criados, todos de buena indole, eran capaces de amarla y ser de ella amados. Su pais era el unico donde le convenia haber nacido; en torno de ella debía reinar la sencillez que tanto realce le da, y para ser ella feliz era menester que viviese entre personas felices. Si por desdicha suya hubiera vivido en uno de tantos desventurados pueblos como bajo el peso de la opresion gimen y lidian sin fruto ni esperanza con la miseria que los consume, el lamentar de los oprimidos hubiera acibarado su vida, la hubiera agobiado la afliccion general, y sin cesar la hubiera hecho su corazon benefico exhausto con duelos y quebrantos todos los males que no hubiera estado en su mano remediar.

En vez de esto aqui todo anima y sustenta su natural bondad. No tiene que llorar las publicas calamidades, ni presente à los ojos la horrorosa imagen de la desesperacion y la miseria. Bien acomodado el aldeano (1), mas que sus dadas necesita sus consejos. Si se encuentra algun huérfano que por su tierna edad no pueda ganar su vida, alguna viuda desamparada que tenga secretas

(1) Cerca de Clavens hay un lugar llamado Montrá, que tiene rentas de sus propios tan crecidas, que bastarian para mantener à todos los vecinos, aunque ninguno de ellos tuviera un palmo de tierra suyo. Por eso es tan difícil alcanzar derecho de vecindad en este pueblo como en Berna. ¡Que lástima que no haya por allí algun subdelegado para ajar la vanidad de los señores de Montrá, y que perdiese un poco de valor el derecho de ser vecino del lugar!

necesidades, algun anciano sin hijos, cuyos brazos quebrantados con la edad no basten para mantenerle, no recela que se les tornen onerosos sus beneficios, siendo causa de que los agraven en las cargas publicas para eximir à piadosos con proteccion. Disfruta del bien que hace, ve que es provechoso, y la felicidad que goza se multiplica y estienda en torno de ella. En breve todas las casas donde entra retratan la imagen de la suya; el bienestar y las comodidades son uno de sus menos importantes influjos, que la siguen de familia en familia la concordia y las buenas costumbres. Cuando sale de la suya solo objetos agradables se ofrecen à su vista; cuando entra los halla mas gratos todavia; en todas partes ve lo que deleita su corazon, y esta alma, en que tan poca cabida tiene el amor propio, aprende à amarse en sus beneficios. No, Milord, lo repito, nada de cuanto con Julia dice relacion es indiferente para la virtud. Sus embelesos, su talento, sus gustos, sus batallas interiores, sus yerros, su arrepentimiento, su mansion, sus amigos, su familia, sus penas, sus gustos, y todo su destino, hacen de su vida un ejemplo singular que pocas mugeres querrán imitar, pero que todas amarán en su despecho.

Lo que mas me gusta en los cuidados que aqui por la felicidad agena se toman, es que todos van por la prudencia dirigidos, y que nunca resultan abusos. No siempre es benefico quien quiere serlo, à veces tal cree que hace grandes servicios, y causa males mas crecidos que no ve por un mezquino bien que conoce. Una prenda que es rara en las mugeres de mejor indole, y que luce de un modo eminente en la señora de Wolmar, es un esquisito discernimiento para dispensar sus beneficios, ya sea en la eleccion de los medios de hacerlos útiles, ya en la de los sujetos à quienes se los hace. Se ha formado sus reglas, y nunca sale de ellas. Sabe otorgar y negar lo que le piden, sin que haya flaqueza en su bondad, ni antojo en sus denegaciones. Quien ha cometido en su vida una accion mala no tiene que es-

perar de ella otra cosa que justicia, y perdon; si la ha ofendido, nunca gracia ni amparo que pueda dispensar à otro sugeto mejor. La he visto negar con mucha sequedad à un hombre de esta especie una gracia que de ella sola dependia. «Mucho bien le deseo à V., le dijo, pero no quiero contribuir à él, por no hacer mal à otros poniendo à V. en estado de que se le haga. No está el mundo tan falto de hombres de bien menesterosos para vernos reducidos à pensar en V.» Es cierto que es muy penosa para ella esta aspereza, y que es raro que la use. Su maxima es mirar como buenos à todos aquellos que no está vencida de que son malos; y hay pocos malos que no tengan maña para ponerse à cubierto contra las pruebas. No tiene aquella perezosa caridad de los vicios, que pagan en dinero à los desventurados el derecho de desear sus ruegos, y cuando imploran de ellos un beneficio solo saben dar limosna. No es inagotable su bolsillo, y desde que es madre de familias sabe regular mas bien su uso. De todos los socorros que pueden aliviar à los infelices, la limosna es ciertamente el que menos trabajo cuesta, pero tambien es el mas transitorio y menos solido, y Julia no procura zafarse de ellos, sino hacerles bien.

Tampoco otorga indistintamente recomendaciones y servicios, siu estar bien informada de que el uso que de ellos quieren hacer es justo y prudente. Nunca niega su proteccion à cualquiera que verdaderamente la necesita y merece alcanzarla; pero aquellos à quienes la ambicion ó la inquietud persuade que aspiren à subir, y dejar un estado en que viven comodamente, rara vez logran empeñarla en ser propicia à sus asuntos. La natural condicion del hombre es cultivar la tierra y vivir con su fruto, y el pacífico morador de los campos solo de conocer su dicha para gozarla necesita. Todos los verdaderos deleites del hombre los tiene el labrador à su alcance, sin mas mezcla de penas que las que son inseparables de la humanidad, penas que no hace mas que trocarlas con otras mas acerbas, cuando piensa librarse de

ellas (1). Este estado es el único que sea necesario, y el mas útil, y solo es penoso cuando los otros le tiranizan con su violencia, ó le seducen con el ejemplo de sus vicios: en él se cifra la verdadera prosperidad de un país, la fuerza y grandeza que saca un pueblo de sí propio que en nada depende de las naciones estrañas, no obliga nunca à ser agresor para conservarse, y da los mas seguros medios de defensa. Cuando se trata de evaluar la potencia publica un elegante parlero visita los palacios del soberano, los puertos, la tropa, las armerias, las ciudades populosas; el verdadero político corre las aldeas, y entra en la choza del labrador. El primero ve lo que hay hecho, y el segundo lo que se puede hacer.

Por este principio se esmeran aquí, y todavía mas en Etange, en contribuir en cuanto es posible à suavizar la suerte de los labradores, sin ayudarlos nunca à que salgan de ella. Los mas acomodados y los mas pobres adolecen igualmente de la mania de enviar à sus hijos à las ciudades, aquellos para que estudien y se hagan caballeros, y los otros para buscar una conveniencia, y librar à sus padres de la obligacion de mantenerlos. Los mozos por su parte gustan de correr mundo; las muchachas aspiran à vestirse como en las ciudades; los mozos sientan plaza en un servicio extranjero, y creo que vale mas traer à su lugar, en vez del amor de la patria y la libertad, el estilo al par insolente y soez de un soldado estipendiario, y un menosprecio ridiculo à su antigua condicion. Se les hace ver à todos lo errado de estas preocupaciones, lo estragado de los hijos, el abandono de los padres, y el peligro continuo que corren la vida y la hacienda y las buenas costumbres, en que perecen ciento por uno que se libra. Si se empeñan no se da apoyo à su desatinado antojo, se los deja que se despenen en la miseria y el vicio, y se pone esmero en resarcir à los que

se han dejado convencer de los sacrificios que à la razon han hecho. Los amos de esta casa los enseñan à honrar su condicion natural, honrandola ellos mismos; no se les trata à los rusticos con las ceremonias de las ciudades, pero se gasta con ellos una grave y decente familiaridad, que conservando à cada uno en su estado, los instruye sin embargo à que hagan aprecio del suyo propio. No hay un buen labrador que no se tenga en estimacion à sí mismo cuando ve la diferencia que aquí ponen de él à uno de estos medradillos que vienen à lucir un instante en su lugar, y à oscurecer con este lucimiento à sus parientes. El señor de Wolmar, y el Baron cuando se halla aquí, rara vez dejan de asistir à los ejercicios, los premios y las revistas del lugar y sus inmediaciones, y viendo esta mocedad ya naturalmente ardiente y belicosa, que oficiales antiguos gustan de sus asambleas, se tienen en mas, y toman mas confianza en sí propios, y esta se aumenta cuando se les hace ver que soldados del servicio extranjero están à todas luces menos adelantados, porque hagase lo que se quiera, nunca un real de soldada y el miedo de los pechos producirán la emulacion que en un pecho libre y en las filas de sus ciudadanos infunden la presencia de sus parientes, de sus vecinos, de sus amigos, de su dama, y la gloria de su patria.

La maxima que sigue la señora de Wolmar es no favorecer la mudanza de condicion; pero sí contribuir à hacer à cada uno feliz en la suya, y estorbar que la mas feliz de todas, que es la del labrador en un estado libre, se desmenuce en beneficio de las otras.

Acerea de esto le oponia yo el reparo que parece que ha repartido la naturaleza à los hombres, asignando à cada uno su vocacion, sin atender à la condicion en que han nacido. En esto me respondió que antes del talento habia dos cosas que considerar, que eran las

buenas costumbres y la felicidad. El hombre, dijo, es un ser muy noble para que pueda servir de mero instrumento à otros, y no se le debe emplear en lo que à los demas conviene sin consultar tambien lo que le conviene à él propio; porque no se hicieron los hombres para los cargos, sino los cargos para los hombres, y para distribuir como conviene las cosas, no tanto se ha de averiguar en su distribucion el empleo para el cual cada uno es mas idoneo, sino aquel que mas conviene para hacer à cada uno tan feliz y bueno como sea posible. Nunca es licito deteriorar à una alma humana en beneficio de los demas, ni tornar à un malvado para utilidad de los hombres de bien. Ora, de mil mozos que salen de un lugar apenas hay diez que no se vayan à perder en la ciudad, ó que no se estraguen mas que aquellos de quienes aprendieron el vicio. Los que adelantan y hacen caudal le ganan casi todos por los medios ilícitos que hacen rico. Los que no han sido favorecidos de la fortuna nunca vuelven à su primitivo estado, y antes se hacen pordioseros ó salteadores que volver à empuñar el arado. Si de estos mil hay uno solo que resista al ejemplo y se mantenga hombre de bien, ¿cree V. que evaluandolo bien todo, viva esta una vida mas dichosa que la que hubiere vivido preservado de pasiones vehementes en la sosegada oscuridad de su cuna?

Para seguir su talento es menester conocerle. Y los talentos de los hombres son siempre faciles de discernir? Y si de la edad que se toma una determinacion con tanta dificultad se conocen bien los de los niños que mas atentamente se han observado, ¿como ha de saber un chico de un labrador distinguir por sí mismo los suyos? No hay cosa mas equívoca que las muestras de inclinacion que se dan en la niñez: las mas veces contribuye à ellas mas que el talento el espíritu de imitacion; mas dependen de un lance casual que de una aficion decisiva, y esta aficion no es siempre indicio de habilidad. El verdadero talento, el ingenio verdadero, tienen cierta sencillez que hace que sea menos inquieto, menos bullidor, menos ansioso de manifestarse, que un talento falaz y aparente que se cree verdadero, y que no es mas que un vano ardor de lucir sin medios de conseguirlo. Aquel oye un tambor y quiere ser general; otro ve levantar un edificio y se cree arquitecto; Gustin mi jardinero, por haberme visto dibujar, se aficionó al dibujo, y le envió à aprender à Lausana, ya se reputaba pintor, y se ha quedado jardinero. La ocasion y el deseo de adelantar deciden el estado que cada uno elige, y no basta con la conciencia de su habilidad, tambien es menester dedicarse à ella. ¿Querrá hacerse cochero un principe porque guta bien un birlocho? Se meterá à cocinero un duque porque hay diez que no se vayan à perder en la ciudad, ó que no se estraguen mas que aquellos de quienes aprendieron el vicio. Los que adelantan y hacen caudal le ganan casi todos por los medios ilícitos que hacen rico. Los que no han sido favorecidos de la fortuna nunca vuelven à su primitivo estado, y antes se hacen pordioseros ó salteadores que volver à empuñar el arado. Si de estos mil hay uno solo que resista al ejemplo y se mantenga hombre de bien, ¿cree V. que evaluandolo bien todo, viva esta una vida mas dichosa que la que hubiere vivido preservado de pasiones vehementes en la sosegada oscuridad de su cuna?

Para seguir su talento es menester conocerle. Y los talentos de los hombres son siempre faciles de discernir? Y si de la edad que se toma una determinacion con tanta dificultad se conocen bien los de los niños que mas atentamente se han observado, ¿como ha de saber un chico de un labrador distinguir por sí mismo los suyos? No hay cosa mas equívoca que las muestras de inclinacion que se dan en la niñez: las mas veces contribuye à ellas mas que el talento el espíritu de imitacion; mas dependen de un lance casual que de una aficion decisiva, y esta aficion no es siempre indicio de habilidad. El verdadero talento, el ingenio verdadero, tienen cierta sencillez que hace que sea menos inquieto, menos bullidor, menos ansioso de manifestarse, que un talento falaz y aparente que se cree verdadero, y que no es mas que un vano ardor de lucir sin medios de conseguirlo. Aquel oye un tambor y quiere ser general; otro ve levantar un edificio y se cree arquitecto; Gustin mi jardinero, por haberme visto dibujar, se aficionó al dibujo, y le envió à aprender à Lausana, ya se reputaba pintor, y se ha quedado jardinero. La ocasion y el deseo de adelantar deciden el estado que cada uno elige, y no basta con la conciencia de su habilidad, tambien es menester dedicarse à ella. ¿Querrá hacerse cochero un principe porque guta bien un birlocho? Se meterá à cocinero un duque porque hay diez que no se vayan à perder en la ciudad, ó que no se estraguen mas que aquellos de quienes aprendieron el vicio. Los que adelantan y hacen caudal le ganan casi todos por los medios ilícitos que hacen rico. Los que no han sido favorecidos de la fortuna nunca vuelven à su primitivo estado, y antes se hacen pordioseros ó salteadores que volver à empuñar el arado. Si de estos mil hay uno solo que resista al ejemplo y se mantenga hombre de bien, ¿cree V. que evaluandolo bien todo, viva esta una vida mas dichosa que la que hubiere vivido preservado de pasiones vehementes en la sosegada oscuridad de su cuna?

Mas diré, continuó: no puedo creer que tantos talentos distintos deben desarrollarse todos, porque para eso seria menester que fuera exactamente proporcional al numero de los que los poseen con las necesidades de la sociedad; y

(1) Cuando el hombre ha perdido su sencillez primera se vuelve tan necio que ni formar deseos sabe, y si se le cumplieran los suyos alcanzarán dones de fortuna, pero no la felicidad.

si solo quedasen para trabajar la tierra los que tienen en grado eminente el talento de la agricultura, ó si se sacaren del cultivo todos los que son mas idoneos para otras faenas, no habria labradores suficientes para la cultura, y nuestro consumo. Yo me inclino á creer que son los talentos humanos como las drogas de la medicina que nos da la naturaleza para sanar nuestras dolencias, aunque sea su intencion que no las necesitemos. Plantas hay que nos envenenan, fieras que nos devoran, talentos que nos perjudican: si siempre hubiera de emplearse cada cosa conforme á sus verdaderas propiedades, acaso se haria mas daño que provecho á los hombres. No son necesarios tantos talentos para pueblos sencillos y buenos, que se sustentan mas bien con su sencillez sola que los otros con toda su industria; pero á proporción que se estragan se van desarrollando sus talentos, como para que suplan por las virtudes que se van perdiendo, y para precisar hasta á los malos á que sean útiles á su despecho.

Otra cosa acerca de la cual he tenido tambien varias disputas con ella es la asistencia de los mendigos: como está esto en el camino real, pasan muchos, y á ninguno se le niega limosna. Le he representado que no solo era este un dinero arrojado sin fruto, y de que asi era privado el verdadero pobre, sino que tambien contribuia este estilo á multiplicar los pordioseros y vagamundos, que se complacen en este villano oficio, y haciéndose gravosos á la sociedad, la privan del trabajo que en ella pudieran hacer.

Bien veo, me dijo, que ha adoptado V. en las ciudades populosas las maximas con que se complacen algunos silogistas condescendientes en halagar la dureza de los ricos, y hasta repite sus propios terminos. Piensa V. degradar á un pobre de su calidad de hombre dandole el nom-

(1) Mantener á los mendigos dicen que es formar almacenes de ladrones, cuando por el contrario es impedir que lo sean. Convento en que no se debe estimular á los pobres á que se hagan mendigos, pero cuando ya lo son es necesario mantenerlos para que no se hagan ladrones. Ninguna cosa es tan árida de profesion tanto como el no tener que comer en la suya; y todos cuantos

bres de vilipendio de pordiosero? siendo V. tan compasivo como es, ¿ como se ha determinado á usarle? Abandoné V. amigo mio, que no dice bien esa voz en su boca, y deshonra mas al hombre que la usa, que al infeliz á quien la aplica. No decidiré si tienen razon ó si se engañan esos censores de la limosna; lo que sé es que mi marido que tiene tanta discernimiento como sus filosofos de V. y que varias veces me ha repetido lo que sobre esta materia para sofocar en los pechos la piedad natural y acostumbrarlos á la insensibilidad dicen, siempre me ha parecido que despreciaba esos razonamientos y no desaprobaba mi conducta. Su argumento es muy sencillo: si consenten, dice, y se mantienen con mucho dispendio una multitud de oficios inútiles, que muchos de ellos solo para corromper y estragar las costumbres sirven. Si consideramos como un mero oficio el estado de mendigo, lejos de que pueda resultar de él cosa sancionante, se hallará que contribuye á mantener en nosotros los afectos de interes y humanidad que deberían estrechar á todos los hombres. Si quiere contemplarse la habilidad ¿ por que no he de remunerar la elocuencia del mendigo que agita mi corazón y me incita á que le socorra, así como pago á un comediante que me hace verter algunas esteriles lagrimas? Si este me hace amar las buenas acciones ajenas, ¿ aqúel me convidó á que las haga yo propio; todo cuanto en una tragedia se siente se olvida al instante que del teatro se sale, pero la memoria de los infelices que hemos socorrido causa un contento que sin cesar se renueva. Si es oneroso al estado el ércido número de mendigos, ¿ de cuántas profesiones protegidas y toleradas no podríamos decir lo mismo! Al soberano compete hacer de manera que no haya mendigos, pero para que abandonen éstos su profesion, (1) ¿ hemos de tornar á los cir-

daños inhumanos y despiadados? Yo por mi, siguió Julia, sin indagar lo que son los pobres con respecto al estado, sé que todos son mis hermanos, y que no puedo sin una indisculpable dureza negarles el corto socorro que me piden. Son por la mayor parte vagamundos, con vengo en ello; pero tengo sobrado conocidas las desdichas de la vida para no saber por cuantos azares puede verse un hombre de bien reducido á su suerte: ¿ como puedo estar cierta de que el desconocido que en el nombre de Dios viene á implorar á mi puerta un triste mendrugo de pan no es acaso ese hombre de bien en vísperas de fallecer de hambre, y que va á desesperar mi denegacion? La limosna que mando dar á la puerta es muy corta; media crucha (1) y un pedazo de pan es lo que á ninguno se niega; á los que evidentemente están lisiados se les da racion doble; si en su viaje encuentran otro tanto en cada casa acomodada, tienen lo bastante para vivir en el camino; y eso es todo cuanto al mendigo forastero que va de paso se le debe. Cuando no fuese para ellos un socorro real siempre es un testimonio de que nos interesa su suerte, un correctivo á la aspereza de una denegacion, una especie de saluacion con que los correspondemos. Media crucha y un pedazo de pan poco mas cuestan, y son respuesta mas blanda que un Dios le remedie. ¿ Como si no estuvieran las dadas de Dios en manos de los hombres, y tuviera la Providencia otros graneros en la tierra que los almacenes de los ricos! Finalmente, piense cada uno como le parezca de estos desventurados, á lo menos nos

debemos á nosotros mismos el honrar la humanidad que padece, ó nuestra imagen, y no endurecer nuestro corazón al aspecto de su miseria.

Esto es lo que hago con los que mendigan sin pretexto y de oficio; en cuanto á los que se dicen artesanos que no hallan trabajo siempre hay en casa herramientas y faena esperandolos. Con este metodo los ayudamos, ponemos á prueba su buena voluntad; y tan bien lo saben los embusteros que ninguno se presenta ya en casa.

Asi, Milord, esta angelica alma soa siempre de sus propias virtudes argumentos para rebatir las vanas sutilezas con que los hombres crueles tapan sus vicios. Todos estos ciudadanos y otros semejantes los numera ella entre sus gustos, y ocupan parte del tiempo que le dejan libre sus mas caras obligaciones. Cuando despues de haber desempeñado cuanto á los otros debe piensa luego en si propia lo que para hacer agradable su vida practica puede tambien reputarse por virtud: tan loable es siempre y decente el motivo que la guia, y tanta razon y templanza reina en todo cuanto á sus deseos permite. Quiere complacer á su marido que gusta de verla alegre y contenta; quiere inspirar á sus hijos la aficion de los placeres inocentes á que dan valor la moderacion, el órden y la sencillez; y que apartan del corazón las impetuosas pasiones. Se divierte para divertirlos, como ablanda en su buche la paloma el grano con que quiere alimentar á sus pichonillos.

Tiene Julia el cuerpo sensible al igual del alma, y en sus organos reina la

una vez se han echado á este ocioso oficio de tal modo cogen aversion al trabajo, que mas quieren robar y que los ahorquen que valerse de sus brazos. Pronto está negado un ochavo que nos piden, pero veinte ochavos habrían pagado la cena de un pobre, que puede desesperarse con veinte denegaciones. ¿ Quien querría negar nunca tan corta limosna, si pensara que puede con ella librar á dos hombres, al uno de un delito y al otro de la muerte? Yo he leído no sé en donde, que son los mendigos los insectos asquerosos que se agarran á los ricos. Es cosa natural que los hijos se asgan de sus padres; pero estos padres opulentos y duros no los conocen, y dejan á los pobres el cuidado de mantenerlos.

(1) Moneda de poco valor de Suiza que equivale á menos de dos maravedis.